



Severiano Arnáiz, 83 años
Lorena Alemán, 23 años

Memorias de un viejo republicano

Severiano Arnáiz es una víctima del enfrentamiento de las dos Españas. Condenado a muerte, en 1940, después de la guerra civil, ahora, con casi un siglo de vida, quiere cumplir un sueño: contar al mundo las dificultades que pasaron los defensores de la República. "Sólo necesito - dice - unos oídos que quieran escucharme". Nosotros se los hemos puesto.

Con la mirada dirigida hacia su juventud, paso tembloroso por el caminar de los años y acostumbrado a contemplar las horas recordando retazos de su vida, Severiano no quiere que su historia, y la de muchos de sus compañeros, se pierda. El proyecto intergeneracional Tienes una Historia que Contar, llevado a cabo por La Fundació Viure i Conviure de Caixa Catalunya en colaboración con la Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España y desarrollado por Esto es Vida, nos permite adentrarnos en su memoria y rescatar pasajes que podrían caer al olvido. Entender a Severiano es ir dibujando con pinceladas su pasado y así poder crear la pintura de su vida. Conocerla es un fiel reflejo del cuadro de la España de la posguerra. Hablar de Severiano es homenajear a todos aquellos que sufrieron aquel conflicto.

Republicano desde su despertar político, "a los 14 años tras acudir al velatorio de Pablo Iglesias en la Casa del Pueblo" (domicilio de la Unión General de Trabajadores), a Severiano se le desdibuja la sonrisa cuando recuerda las heridas que le dejaron la guerra y su paso por la cárcel. La prisión Provincial de Madrid, la prisión Central de Valdenoceda en Burgos y el Reformatorio de Adultos en Ocaña (Toledo) fueron su hogar durante siete largos años. Amargas experiencias marcaron sus días. De la prisión Provincial de Madrid recuerda a su amigo Félix: "Félix estaba en capilla para ser fusilado al amanecer del día siguiente. Fui a darle un abrazo y me dio una carta para su mujer. La noche anterior también había estado en capilla pero esta vez, para despedirme de Jarito. Por desgracia, no pude decirle adiós a Atilliano". Estas despedidas le marcaron para el resto de sus días. Igual que sus compañeros, Severiano, había sido condenado a muerte.

Defensor apasionado de la República, hablar de ella le produce cierta añoranza, pues supone tiempos de juventud. Orgulloso lleva siempre en la solapa de su chaqueta la insignia de las Juventudes Socialistas, organización a la que se afilió desde muy joven. "Así no me olvido de quien fui, de quien soy ni de mis creencias. Desde joven entendí que en el mundo están los ricos y los pobres, y yo quise ayudar a estos últimos, a la clase obrera", afirma con gesto seguro.

Pasó siete años y nueve meses condenado por ser republicano y no bautizar a su hijo. Severiano se reconoce republicano de pies a cabeza, pero dice que no bautizó a su hijo por haber nacido en tiempos de guerra "porque en esa época yo aún creía". Con el tiempo, y después de analizar los acontecimientos que se producen a diario, concluye que todo está podrido y que ha abandonado cualquier tipo de creencia religiosa. "Como no soy conformista, no tengo más remedio que declararme ajeno a todas las religiones y considerarme incapaz de crear una en la que pueda creer que la armonía y la paz sean cosas posibles. Porque hay una fuerza muy potente como es el dinero, el capital, el oro que abre puertas, cierra bocas, destruye vidas, crea monumentos y falsos ídolos".



Con manos desgastadas por tantos inviernos, Severiano muestra, como si de un triunfo de guerra se tratara, un reloj de cuerda que le dio Ubaldo Pino, un amigo preso en la cárcel. En silencio, se lo acerca al oído y escucha el tic-tac de sus agujas. Él tuvo más suerte y las agujas del reloj pudieron siempre marcarle la hora. Su pena de muerte fue conmutada por años de cárcel. Sin embargo, "a muchos compañeros los fusilaron". Para abandonar esta senda de recuerdos y lamentaciones, Severiano, que nunca quiere perder el buen humor, recuerda una vieja canción del chotis llamada la Pepa que, según él, es una canción dedicada a la pena de muerte.

Este hombre de memoria inagotable, continúa el relato de su vida retornando a pasajes oscuros de los que no puede desprenderse. "A veces sueño que estoy preso y quiero escaparme. Por colchón tenía el suelo frío y húmedo. Sufrimos muchas vejaciones y calamidades. Nuestra familia en la calle ha tenido que luchar, trabajar y aguantar mucho para poder sobrevivir. Todo aquello ha dejado en nosotros un imborrable recuerdo de amargura". El recuerdo de su esposa fallecida hace unos años, y la soledad que eso le ha traído, ha entristecido sus últimos años. "Con ella he compartido todo. Yo creo en la pareja, en ese camino que es un andar entre dos", expone con los ojos clavados en su fotografía.

Su mirada pasa de la foto al viejo reloj que un día le fue entregado por aquel compañero condenado a muerte. Un escalofrío recorre su cuerpo al recordar la despedida. Después de casi ocho años encarcelado le conceden la libertad condicional. "Tenía que marcharme de España, ya no podía seguir viviendo aquí. Pedí un permiso a la Junta de Libertad Vigilada para ir a Francia alegando que quería ir a dicho país a celebrar mis bodas de plata, acompañado de mi esposa y mi hija. Me la concedieron". Severiano no regresaría a su país natal hasta que su pena no prescribiera.

Como a otros tantos exiliados, Francia le acogió durante casi veinte años. Recuerda sus primeros trabajos. "Fui valet de chambre, también limpiabotas y todo lo que se me pusiera por delante" afirma con varias fotos en las manos. A pesar de su larga estancia en el país vecino, sus palabras y sus recuerdos vuelven a España. Su memoria, intacta a pesar de los años, le traslada al día en que regresó. "Mis dos hijos se quedaron en Francia" declara entristecido. Sus hijos han sido para él su asignatura pendiente.

El reloj desgastado le recuerda que hay que volver al presente, que los días siguen y que es "necesario seguir luchando". Las arrugas no son para él una excusa y cada día lucha para adaptarse a este nuevo siglo, a esta sociedad que ha olvidado a sus mayores "la gente ya no respeta los años, me niego a que nos consideren que somos un estorbo" declara. Con gran satisfacción enseña uno de sus más preciados tesoros: el ordenador, que le acompaña en sus ratos libres y que le ha abierto las ventanas al mundo, se ha convertido en ese público que ansía. "En este cacharro escribo mis memorias, no quiero que mi lucha caiga por la borda. Se han olvidado de nuestro pasado más reciente y la historia la han escrito aquellos que ganaron". Severiano no se siente perdedor, desea que sus vivencias sean recordadas y que el capítulo de las dos Españas, además de homenajear a los que se quedaron en el camino, no se repita jamás

Lo importante de la vida



Con casi un siglo de vida Severiano Arnáiz, el abuelo, como lo conocen en Ascao, barrio donde ahora vive, mira atrás con añoranza. Sabe que el reloj podrá pararse en cualquier momento, pero no piensa en ello. “No espero a la muerte, no la desprecio y tampoco le tengo miedo” afirma rotundo. Ama la vida y se agarra a ella, “como no soy creyente no sé si hay más allá, lo que hay es lo que he vivido y lo que me queda por vivir” declara pensativo. Al preguntarle sobre el balance de su vida, Severiano se toma unos minutos para reflexionar, responde que le ha tocado vivir momentos buenos y malos pero que todo lo que tiene se lo debe a ella y recuerda que “he sido muy feliz, pero también muy desdichado”.

La soledad se ha convertido en su fiel amiga desde que muriera su esposa. Sin embargo, este anciano tiene una fuerza imbatible y ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos. Como herramienta de viaje tiene un ordenador en el que escribe sus memorias y hace análisis de la sociedad actual y pasada. Además, escribe poemas que luego regala a sus seres queridos. “Entenderme con el ordenador no ha sido fácil, pero poco a poco nos hemos hecho amigos, como no tengo a nadie cerca porque mis hijos viven en Francia, lo que quiero contar se lo comunico a él. Luego lo imprimo y lo leo” explica muy orgulloso. Varias carpetas inundan la mesa de trabajo. En cada una de ellas hay una pegatina que indica de qué tema se trata. Él mismo ha construido su propia biblioteca y sueña con que un día le publiquen sus memorias. Si volviera a nacer afirma que volvería a repetir su vida, “soy un hombre de principios y siempre he actuado según mis valores. Por ello, tengo mi conciencia tranquila” aduce con voz reflexiva.

A sus noventa y cuatro años de edad, Severiano es todo un luchador. Lo fue en el pasado y aún continúa siéndolo. Cada día reta a la vida y da gracias de que vuelva a salir el sol. “El último sueño que me queda es que me escuchen, poder hablar delante de un auditorio y contar mi verdad. De todo lo que digo tengo pruebas”, con ellas en la mano Severiano mira desafiante a la vida. Afirma que lo que hay que valorar son los pequeños momentos, el día a día, ya que “la felicidad eterna no existe, lo importante es aprender a ser feliz con lo que uno tiene” concluye.